

IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2011.

De la desnaturalización de los conceptos a la naturalización de la sociología.

Perla Aronson.

Cita:

Perla Aronson (2011). *De la desnaturalización de los conceptos a la naturalización de la sociología*. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/217>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

DE LA DESNATURALIZACIÓN DE LOS CONCEPTOS A LA NATURALIZACIÓN DE LA SOCIOLOGÍA

Perla Aronson

Instituto de Investigaciones Gino Germani-FCS-UBA

paronson@fibertel.com.ar

Resumen

Después de la caída del “consenso ortodoxo” florecen numerosas interpretaciones acerca de la crisis de la sociología. Algunas se valen del aparato conceptual de los estudios sobre la complejidad, cuyo origen se sitúa en el campo de las ciencias naturales y la matemática. Otras, en cambio, proceden mediante la revisión sociológica de la sociología, buscando desnaturalizar las nociones más arraigadas. La presente comunicación repasa brevemente las líneas esenciales de la teoría de la complejidad y reconstruye las posiciones de Norbert Elias e Immanuel Wallerstein en cuanto representantes de orientaciones diversas. Se trata de identificar las soluciones que proponen ante el fenómeno de la complejidad social: el primero, haciendo hincapié en la naturalización conceptual de la sociología; el segundo otorgándole a la disciplina el papel de puente entre el mundo humano y el mundo natural.

Palabras clave: Reduccionismo, naturaleza, sociedad, fin de las certezas, tiempo histórico.

DE LA DESNATURALIZACIÓN DE LOS CONCEPTOS A LA NATURALIZACIÓN DE LA SOCIOLOGÍA

Perla Aronson

Instituto de Investigaciones Gino Germani-FCS-UBA

paronson@fibertel.com.ar

Comentarios iniciales

En el intrincado conjunto de caracterizaciones sobre el mundo contemporáneo, sobresale la que se vale de las premisas del pensamiento complejo. Sus cultores consideran que dadas las numerosas dimensiones que encierra, para conocerlo resulta imprescindible recurrir a los conceptos de las ciencias sociales, así como al saber de las ciencias naturales y las matemáticas. Dado que los problemas manifiestan una enormidad, irreductibilidad y exorbitancia que los coloca por fuera de las normas conocidas, y como a la vez se trata de cuestiones que desnudan la interconexión entre distintos niveles de lo real, urge hacerse cargo de la incertidumbre provocada por el carácter

multidimensional y multirreferencial de procesos retroactivos y recursivos cargados de aleatoriedad, azar e indeterminación. Luego, lo que se reclama es un tipo de pensamiento reflexivo y polifónico que se deshaga de estrategias puramente reductivas y simplificadoras. Se trata de admitir la incapacidad de la ciencia para formular leyes generales relativas a un orden absoluto, y de asumir que irremediablemente habrá que tropezar con incoherencias y contradicciones lógicas. También se afirma que la complejidad no sólo obliga a replantear los modos de practicar la ciencia, sino que estimula el contacto con ámbitos hasta ahora no considerados en virtud de su supuesto alejamiento, y hasta de su interferencia, de la labor científica propiamente dicha. El predominio del pensamiento relacional, conlleva la organización en cadena de la estructura del saber y estimula una actitud que excede el nivel metodológico para constituirse en una posición general ante el mundo y ante el mismo conocimiento: instaura entrecruzamientos ontológicos, epistemológicos y teóricos encaminados no sólo a intervenir con mayor eficacia sobre la realidad, sino a contar con herramientas más idóneas para guiar las acciones individuales y colectivas. Como incluye «[...] observadores, incertidumbre, orden/desorden, respuestas cognitivas tendentes a su reducción» y, en último término, creación y administración de más complejidad (Ramos Torre, 1996: 168), la ciencia debe prepararse para afrontar alternativas poco frecuentadas. En particular, la evidencia de que los fenómenos –compuestos por una variedad de elementos que establecen entre sí un sinnúmero de vínculos caracterizados por interacciones lineales y no lineales, sincrónicas y diacrónicas– dificultan saber en qué dirección podrían evolucionar, aun cuando su misma organización tienda a finalidades definidas.

Por otra parte, se indica que la complejidad viene asociada a la perplejidad, una sensación de confusión ante el desorden y la contradicción, ante la rara relación entre unidad y multiplicidad y ante el predominio de lo uno “o” lo otro, en detrimento de lo uno “y” lo otro. Para apaciguarla, se confía en la recuperación de una perspectiva centrada en la sociedad en cuanto espacio de creación, de constitución de nuevos mundos y con capacidad para fundar un proyecto civilizatorio de nuevo cuño. En esa dirección, el pensamiento complejo contribuye a forjar un universo donde las decisiones colectivas pasan por el tamiz de la racionalidad científica, pero también por las emociones, la ética y la estética (González Casanova, 2005), al tiempo que articula humanidad, política, antropología, sociología y ciencias de la naturaleza.

En el interior de estos contornos, sobresale la temática referida al anacronismo de las fronteras disciplinares, cuestión que se resuelve por la vía de la interdisciplina y la transdisciplina. El planteo hace hincapié en la necesidad de un diálogo que trasponga los límites de las especialidades, los flexibilice y permita incursionar en áreas antes vedadas según la percepción tradicional de la ciencia. Así como la sociedad debería constituir un espacio de convergencia de saberes y emociones que produzcan inclusión, así también el conocimiento científico tendría que renunciar a sus dispositivos de exclusión, permitiendo que las distintas disciplinas tomen contacto unas con otras, con lo diverso, lo distante y lo foráneo. El estallido de los límites serviría para facilitar el entrelazamiento de avances conseguidos en campos diferentes y podría inaugurar un campo de transcomplejidad que rescate la ambigüedad y organice

una cosmovisión donde quepan la ignorancia, el orden y el desorden, la organización y la desorganización.

En la presente comunicación, se sintetizan las perspectivas de Ilya Prigogine y Edgard Morin, cuyos desarrollos acerca de la complejidad –pese a provenir de áreas de conocimiento heterogéneas– revelan zonas de contacto. Ulteriormente, se observan las repercusiones de sus planteos en un autor cuya producción teórica rescata la noción de complejidad, y sus conceptos asociados, para describir y explicar la situación del mundo contemporáneo. Por último, se analizan los planteos de otro autor que –aun reconociendo la índole compleja de lo social– fundamenta su reflexión sobre otras bases. Deliberadamente, se invirtió el orden de la presentación: en realidad, el primero se corresponde con la segunda parte del título (naturalización de la sociología), mientras el segundo representa una estrategia ligada a la primera parte (desnaturalización de los conceptos). La inversión persigue un propósito sencillo: mostrar el contraste entre ambas concepciones partiendo de la que se encuentra más comprometida con la necesidad de aplicar esquemas analíticos que implican el abandono de estructuras conceptuales y modos de actuar propios de la sociología clásica, mientras la otra, sin postular el regreso a un hipotético reino sociológico incontaminado, resociologiza los conceptos en la dirección de su historización.

Complejidad natural y social

El mundo tiene hoy serios problemas para cuya solución necesita cada vez de más ciencia. Pero también de saber aplicarla con una mayor madurez, que sólo podrá alcanzar saliendo de sí misma, en una apertura decidida hacia otros ámbitos, en particular el mundo del arte y del pensamiento humanista (Rañada, 1995: 21-22).

Dentro de la corriente del pensamiento complejo, Ilya Prigogine (desde la física y la química) y Edgard Morin (desde la filosofía y la sociología) son quienes inspiran concepciones que procuran demostrar que las leyes de la vida social no son sólo compatibles con el resto de las leyes físicas, sino que derivan de ellas.

En el caso de Prigogine, y en la línea de una refutación de los axiomas de la mecánica newtoniana, el planteo recurre a los conceptos de “flecha del tiempo” y “fin de las certezas”. Según afirma, las nociones buscan reencantar el mundo, es decir, reunir los fragmentos dispersos y llevar la tierra al cielo, en vez de traer el cielo a la tierra (Prigogine y Stengers, 1984). La inversión produce una verdadera metamorfosis de la ciencia, pues sitúa al hombre en el mundo que él mismo describe, mientras ese mundo resulta receptivo a tal descripción. No es que se provoque al universo de lo observado para que se defina sin ambigüedad, para que calce en la teoría y diga lo que se espera que exprese, ya que la ciencia no es un monólogo con un autómatas sumiso suficientemente estúpido como para dejarse atrapar por un pequeño número de generalizaciones. Lo observado es un mundo fragmentado, pleno de diferencias cualitativas y potenciales sorpresas, plagado de inestabilidades, evoluciones y crisis. Por lo tanto, la metamorfosis de la ciencia designa un giro

desde el interés por lo estable y lo permanente, hacia las mutaciones geológicas y climáticas, pero también hacia las normas que intervienen en los comportamientos sociales (Prigogine y Stengers, 2002). Consiste en un nuevo espacio teórico que toma en serio las oposiciones, descrece de las fronteras disciplinares trazadas por la ciencia clásica y cuestiona especialmente las nociones de reversibilidad y determinismo. En su lugar, emerge la aleatoriedad del mundo, la irreversibilidad y la indeterminación, las que echan por tierra todo lo que antes se consideraba eterno y conservador.

La reversibilidad propia de la ciencia clásica, representa para Prigogine, el temor a que el mundo se consuma sin regeneración posible: expresa la actuación sobre un sistema con la finalidad de controlarlo y hacer que su evolución desemboque en un estado predeterminado. Las operaciones destinadas a restablecer el equilibrio del sistema desalojan el tiempo; dan por supuesto que el conocimiento de la ley de su funcionamiento encierra también el conocimiento de su comportamiento pasado y futuro, sin advertir que tal premisa sólo da cuenta de fenómenos excepcionales y transitorios. La irreversibilidad, en cambio, refiere a las continuas interacciones entre las partes que componen un sistema, a las correlaciones cada vez más numerosas que se rigen no sólo por la repetición, sino por la creatividad. Por lo tanto, la evolución hacia el desorden, hacia la posibilidad de degradación y muerte del sistema, engloba una concepción del tiempo ligada al devenir complejo, una dimensión distinta de la que ve el presente como contenedor del futuro y el pasado (Prigogine y Stengers, 2002). Su significación radica en «[...] definir el camino que constituye el pasado del sistema, enumerar las bifurcaciones atravesadas y la sucesión de fluctuaciones que han formado la historia real entre todas las historias posibles» (Prigogine y Stengers, 2002: 193). Luego, en contraste con la evolución controlada, la evolución incontrolada –núcleo duro de la irreversibilidad– entraña una espontaneidad que puede conducir tanto al equilibrio como al desequilibrio. En este marco,

la irreversibilidad (es) una nueva formulación, probabilista, de las leyes de la naturaleza. Esta formulación nos otorga los principios que permiten descifrar la construcción del universo de mañana, pero se trata de un universo en construcción. El futuro no está dado. Vivimos el fin de las certidumbres. ¿Es acaso una derrota del intelecto humano? Estoy persuadido de lo contrario (Prigogine, 1997: 205).

Para Edgard Morin, la complejidad no admite definiciones simples, y menos aun puede entenderse como sustituto de la simplicidad. Dado que «es una palabra problema y no una palabra solución» (Morin, 1995: 22), procura evidenciar dos cuestiones vinculadas entre sí: la primera hace referencia a la variedad y cantidad de factores que constituyen un fenómeno, evidencia a la que denomina complejidad empírica; la segunda, la complejidad epistemológica, indica que las relaciones entre el sujeto cognoscente –un elemento más de lo que se busca conocer– y el objeto de conocimiento, se sitúan en una realidad que no es exterior ni al sujeto ni al objeto. Para captar las múltiples determinaciones, tanto de objetos como de sujetos, acude al saber que pueden aportar las disciplinas naturales y sociales, sobre todo para contribuir al entendimiento de que la flecha del tiempo no es una sino dos y que, además, marchan en sentido contrario: la doble temporalidad refiere a la

misma aventura cósmica en cuyo interior se desarrollan fuerzas de dispersión y corrupción y fuerzas de continuidad (Morin, 1999).

Pese a la acumulación de conocimientos acerca de mundo físico, biológico, psicológico y social, corresponde revisar los fundamentos sobre los que se construyeron los procedimientos de verificación empírica y lógica. Si la ciencia se organizó en torno al rechazo de los mitos y las explicaciones religiosas y se orientó hacia las luces de la razón, hoy se requiere aceptar que «[...] el error, la ignorancia, la ceguera, progresan, por todas partes, al mismo tiempo que nuestros conocimientos» (Morin, 1995: 27) y que los peligros más graves que acechan a la humanidad proceden, precisamente, del «[...] progreso ciego e incontrolado del conocimiento (armas termonucleares, manipulaciones de todo orden, desarreglos ecológicos, etcétera)» (Ibíd.). Las teorías y las ideologías cargan con errores que no radican en percepciones falsas ni en incoherencias lógicas, sino en el modo de organización del saber y en cierta degradación del uso de la razón. La disyunción, la reducción y la abstracción –o en términos del autor, el “paradigma de la simplificación”– separan campos de conocimiento, reducen lo complejo a lo simple, confunden lo real a través de las fragmentaciones efectuadas por las especialidades y buscan capturar un orden perfecto que supone escondido entre los pliegues del desorden. Imposibilitado como está de imaginar los nexos entre lo uno y lo múltiple, de captar la diversidad sin referencia a la unidad, el conocimiento desemboca en una “inteligencia ciega” que desbarata las totalidades, aparta los objetos de los ambientes en que están insertos y elimina lo no cuantificable y matematizable.

Cuando ese arquetipo de conocimiento proclama la separación entre el observador y lo observado, alcanza un grado de “pedantería” de alto nivel que es el que se practica en las universidades (Morin, 1995: 31). La vía regia para subsanar las equivocaciones es la complejidad, una noción que no sólo desafía las posibilidades humanas de cálculo, sino que enfrenta con problemas vinculados a la incertidumbre, la indeterminación y la aleatoriedad. Pone en acto la mezcla de orden y desorden y torna conciente la posibilidad de entrar en cajas negras cuyos contenidos son ambiguos, imprecisos y hasta contradictorios (Morin, 1995: 60). El conjunto de argumentos se traduce en una propuesta muy concreta que concierne a la posibilidad, y a la necesidad, de unificar la ciencia en el campo de una *physis* generalizada; esto es, no involucrada con conceptos universales y omnipresentes como el de sistema, sino combinando disciplinas dispuestas a la apertura de sus propias fronteras y listas para dejar de lado cualquier clase de “ismos”, como el biologismo, el fisicismo y el antropologismo (Morin, 1995: 78). El conocimiento basado en el cálculo y la cuantificación ignora el significado de la vida, conoce la realidad superficialmente (Morin, 2002) y se practica como si el proceso de conocer tuviera un punto de partida y un punto de llegada. Según Morin,

el conocimiento es una aventura en espiral que tiene un punto de partida histórico, pero no tiene término, (...) debe sin cesar realizar círculos concéntricos; es decir, que el descubrimiento de un principio simple no es el término; reenvía de nuevo al principio simple que ha esclarecido en parte (Morin, 1999: 52).

Los riesgos que corre la cultura ante tales procedimientos pueden detenerse a condición de aproximar las ciencias humanas a las biológicas, las ciencias biológicas a las físicas, y en una secuencia retroactiva, instalar a todas en en el campo de la cultura.

Naturalización de la sociología

En el esfuerzo por salir de la sartén de la verdad revelada e impuesta, la clase intelectual saltó al fuego del misticismo de la racionalidad formal (Wallerstein, 2001a: 177).

En el marco de esta perspectiva, el postulado de la complejidad se extiende a la interpretación de los objetos sociológicos, razón por la cual –según sus cultores– constituye uno de los mayores desafíos que enfrenta la disciplina. Desde la óptica de Wallerstein, se trata de un reto procedente del exterior del campo, oriundo del movimiento originado en las ciencias naturales y las matemáticas, cuyos conceptos centrales invierten radicalmente la relación entre ciencia social y ciencia natural. Y esto no porque se busque homologar la actividad humana con cualquier otra actividad física sino porque, inversamente, se atribuye creatividad e innovación a la propia actividad física (Wallerstein, 1999). Un modo de evitar el derrumbe del marco categorial de la sociología consiste en prestar la debida atención a los conceptos de “flecha del tiempo” y “fin de las certezas”, de modo de reinventar el método científico tomando en cuenta el carácter ineluctable e impredecible del tiempo y advirtiendo que las numerosas bifurcaciones de su recorrido desembocan en resultados indeterminados. Las certidumbres construidas por teólogos, filósofos y científicos merecen reemplazarse por puntos de vista fundados en la incertidumbre, única vía para crear e imaginar, y no tanto para conocer (Wallerstein, 1999). Luego, hacerse cargo de que la ampliación del conocimiento presupone siempre el aumento de la ignorancia, contribuye a superar las segmentaciones disciplinares y llena el vacío instaurado por la ausencia de mediaciones entre los conceptos de la ciencia social (Estado, mercado, sociedad civil). Sobre estas bases, así como la inestabilidad, la evolución y las fluctuaciones son parte fundamental de la “escena natural”, así también caracterizan la “escena social” (Wallerstein, 2001b: 188). Luego, igual que Prigogine, Wallerstein considera que la probabilidad «[...] es la única verdad científica que existe» (Wallerstein, 2001b: 189), puesto que separar al individuo de la naturaleza entraña un dualismo que obstaculiza el reencuentro con las raíces del propio ser (Prigogine, 1997: 14-15).

Para no morir, la ciencia social necesita recrearse en una dirección específica: no buscar lo simple, sino encontrar el significado más satisfactorio de lo complejo, no perseverar en visiones geométricas de la realidad, sino cultivar perspectivas narrativas que sitúen al tiempo en el centro de las reflexiones (Wallerstein, 2001b). Aun cuando la ciencia social siempre otorgó centralidad a la “flecha del tiempo”, los principios de la ciencia natural añaden un elemento crucial para encarar una reforma: admiten que los sistemas sociales son los más complejos de todos los sistemas, y al hacerlo, convierten a la ciencia social en la “reina de las ciencias”, al punto que de su núcleo «[...] se extraerán en adelante todas las verdades epistemológicas, incluyendo las de las ciencias naturales» (Wallerstein, 2001b: 190). Cabe entonces preguntarse si la evolución de los átomos, las galaxias y los ecosistemas –movimiento que en

cierto momento tiende a un desequilibrio del que no hay regreso— es homologable al desorden de los sistemas sociales humanos, y si como dice Wallerstein, «lo único que podemos hacer es lo único que pueden hacer los científicos naturales» (Wallerstein, 2001c: 242); esto es, formular patrones interpretativos formales sobre el nacimiento, desarrollo y muerte de los sistemas, y patrones sustantivos concernientes a las reglas que gobiernan un sistema particular. Según el autor, si las ciencias sociales razonan en los términos de las ciencias naturales, y si las ciencias naturales continúan avanzando a pasos agigantados en dirección a los razonamientos de las ciencias sociales, es probable que la brecha histórica entre ellas se cierre al ritmo de la aceptación de que la realidad es siempre construida (Wallerstein, 2001e). Con ello, la búsqueda de lo verdadero, lo bello y lo bueno optimizará las decisiones y posibilitará que éstas sean materialmente racionales.

Con el arsenal conceptual de la complejidad, puede comprenderse la crisis terminal del sistema mundial moderno (Wallerstein, 2001c), diagnóstico fundado en la finitud de todos los sistemas, incluido el sistema mundial. El escenario de indeterminación que instaura las bifurcaciones da cuenta de que una vez perdido el equilibrio, puede sobrevenir la muerte también para los sistemas sociales, ya que su cualidad histórica y su evolución en el tiempo podrían agotar las formas de contener sus propias contradicciones. Por lo tanto, concluir su existencia como sistema (Wallerstein, 2001a). De ahí que el reemplazo de un sistema histórico por otro (por ejemplo, el pasaje del feudalismo al capitalismo) no es un proceso cuyos gérmenes ya están presentes en el estadio anterior, sino algo sorprendente, inesperado, accidental y desusado, de un grado tan significativo de aleatoriedad que más tarde o más temprano culmina en la desaparición del sistema. Las fuerzas que motorizan el desequilibrio —del mismo rango que las que producen la intrínseca inestabilidad de la naturaleza— se mueven hacia una asíntota y determinan que ya no pueda restaurarse el equilibrio. En suma, cuando el desequilibrio desencadena fluctuaciones cada vez más violentas, las bifurcaciones trazan las sendas de la extinción del sistema. Hoy en día, somos testigos de «[...] la defunción de un sistema histórico, paralela a la defunción del sistema feudal en Europa quinientos o seiscientos años antes» (Wallerstein, 2011d: 151).

Desnaturalización de la sociología

[...] el decurso del cambio no es “desordenado”, “caótico” (...) la manera como surgen las formaciones sociales posteriores de las que preceden es susceptible de determinación y explicación (Elias, 1982: 184).

Pese a que las ciencias naturales establecen las categorías de desorden, caos y bifurcación, y aun cuando la sociología se halla compelida a reorganizar su marco conceptual para evitar seguir aferrada a principios que ven los cambios como perturbaciones en el estado de equilibrio, para Elias nada faculta a renunciar a la búsqueda de lo invariable de la invariabilidad, a la identificación del orden del cambio mismo. Esta tarea, iniciada por los clásicos, supone investigar y explicar las regularidades, pero también independizar la reflexión sobre ellas de las ataduras a modelos heterónomos provenientes de las ciencias naturales (Elias, 1982: 19). La labor fundamental de la sociología

radica en indagar las transformaciones sociales sin apelar a teorías biológicas, o recurriendo a ellas sólo en caso de que ayuden a explicar por qué cambian las sociedades humanas y las vinculaciones de cada hombre con la sociedad, sin que se modifiquen la naturaleza y la constitución biológica de los hombres. Por consiguiente,

La complejidad de muchas teorías sociológicas actuales tiene su causa no en la complejidad del objeto en cuya investigación se esfuerza, sino en el uso de conceptos que se han acreditado fundamentalmente en otras ciencias, en especial las físicas (Elias, 1982: 133).

La necesaria revisión de las estructuras de pensamiento no implica tomar acriticamente las novedades conceptuales de otras ciencias, sino cuestionar las malas interpretaciones de que son objeto las nociones acuñadas por la sociología clásica. Se trata de «[...] pensar lo relacionado a partir de las relaciones» (Elias, 1982: 139), tener claro que las interrelaciones de alto grado de organización pueden ser, paradójicamente, relativamente autónomas con respecto a las menos organizadas.

Elias se concentra en los aspectos relacionales y dinámicos de los objetos sociológicos y cuestiona la tendencia a concebirllos aisladamente y en estado de reposo, como si la norma, el valor, la clase social o cualquier otra noción fueran entidades inmóviles y encerradas en sí mismas. La tarea fundamental de la disciplina radica en el examen de las categorías sociológicas y las estructuras de lenguaje, con la finalidad de detectar las lagunas que presenta la reflexión en lo relativo a las interrelaciones entre lo humano y lo social. Desde una óptica relativamente cercana a la de Wallerstein, critica el uso arbitrario de las leyes eternas de las ciencias físico-químicas, a las que se les atribuye el carácter de “piedra de toque” de la cientificidad (Elias, 1982: 136). Los sociólogos que emplean esos recursos, se muestran preocupados mucho más por las aristas inmutables e imperecederas de la sociedad, que por lo que varía constantemente. Sin embargo, el análisis del cambio no supone el enfrentamiento con el caos, sino con un tipo específico de orden: el orden del cambio, de cuyo tratamiento se ocuparon los clásicos. Dice Elias que dicha perspectiva fue abandonada en el siglo XX en aras de explicaciones que veían los cambios como meras perturbaciones. Pero la índole procesual de las sociedades necesita de herramientas que capten los nexos entre las partes desde el comienzo mismo de la investigación, no en un momento ulterior del proceso de conocimiento. Esa carencia se debe al hecho de que en las etapas iniciales el desarrollo de la sociología quedó fijado a parámetros procedentes del ámbito de estudio de la naturaleza: la causalidad, los instrumentos conceptuales, los métodos de investigación y las conexiones funcionales de un espacio funcional de más bajo nivel de integración (Elias, 1982: 68) se tomaron sin consideración por las diferencias entre ambos campos. Además, en el curso de su evolución, la sociología tuvo que enfrentarse a un objeto cuya historia no reconoce planes preconcebidos ni actores decisivos (Elias, 2000: 21). Así, la sociedad resulta incomparable en relación con el mundo natural, pues la integración de los individuos es algo inextricablemente unido a su propia naturaleza social; es una disposición elemental que para la cual no existe ningún “símil” capaz de dar cuenta de la hondura y la firmeza de la interdependencia humana (Elias, 2000: 35).

Aunque la sociedad de los individuos no es analizable con las herramientas de la ciencia natural, eso no implica que los instrumentos de la sociología permanezcan siempre iguales a sí mismos. La inexcusable revisión debe englobar, entre otras, la noción de progreso, aquella fe que constituye el “sistema religiosos laico” más difundido entre los sociólogos (Elias, 1998a: 146), lo mismo que las explicaciones voluntaristas sobre los mecanismos sociales y los modelos que utilizan relaciones causa-efecto tal como las entiende la física. En virtud de la incapacidad para explicar los procesos no planeados y no intencionales, la sociología se encuentra en un atolladero que le impide contar con los medios adecuados de orientación y regulación (Elias, 1998a: 154). En consecuencia, la irreversibilidad de la evolución biológica choca con el carácter reversible, o planificado, del desarrollo social (Elias 1998a: 155). Con todo, irreversibilidad y reversibilidad no tienen el significado que les atribuyen las ciencias físico-químicas, sino que refieren a un tiempo irreplicable en cuyo curso se verifica una serie de cambios enteramente históricos, no físicos; es decir, una secuencia de nuevas formas de convivencia originadas en formas precedentes. El tiempo se vuelve problemático cuando se olvida el pasado, cuando se ignoran los largos procesos durante los cuales se conforma como institución social y cuando se desconoce la evolución que conduce del pasado al presente (Elias, 1989).

Por ende, el caos, las bifurcaciones y la incertidumbre no son principios a los que deba recurrirse. La fuente de datos es la historia de la sociedad actual, los procesos de su surgimiento y la diversidad de futuros posibles que puede recorrer (Elias, 1998b). El ejercicio requiere de conceptos universales, de la identificación de las propiedades comunes a todas las sociedades, siempre que no tomen la forma de regularidades atemporales o herramientas auxiliares de la investigación. Cuando se examinan procesos de largo alcance, los universales son el corolario de la indagación y refieren tanto a sociedades muy diferenciadas como a sociedades menos diferenciadas.

Conclusión

La renovación de las ciencias sociales, una tarea que constituye materia de activa reflexión en el campo, parece tomar dos direcciones. La primera, sesgada hacia una nueva física social, se sustenta en una dinámica de no-equilibrio, en formas adaptativas organizadas en y a través de varios sistemas dinámicos poseedores de propiedades emergentes o vitales, tras las cuales el orden, el conflicto, la integración, la totalidad y el tiempo histórico quedan subsumidos en futuros múltiples, bifurcaciones, elecciones e incertidumbres intrínsecas de la modernidad globalizada (Urry, 2005). Caracterizados por la impredecibilidad y la irreversibilidad, los sistemas globales carecen de una finalidad de equilibrio y de orden (Urry, 2003): son áreas portadoras de un ordenamiento singular que aumenta el desorden general (Urry, 2008), cuestión que según estos analistas no es suficientemente considerada por las ciencias sociales, con su obsesión por los sistemas ordenados. En esta categoría cabe el pensamiento de Immanuel Wallerstein, quien considera que las ciencias sociales deben abrirse a la evidencia de que el mundo social es un terreno intrínsecamente incierto que no tolera la formulación de regularidades que «[...] ya no se sostienen ni siquiera como una aproximación a la realidad»,

(Wallerstein, 2004: 41). Luego, no se trata de mejorar los conceptos existentes, sino de incorporar otros cuyo potencial supera ampliamente la capacidad explicativa de las nociones propias. Con ello, se produce un giro hacia la naturalización conceptual que encuentra una fuente de inspiración sustitutiva en el campo de las ciencias físico-naturales.

La segunda, en cambio, procede mediante lo que podría denominarse una sociologización de los conceptos sociológicos, es decir, un regreso no regresivo hacia los ejes sustantivos de la vida social y de las sociedades humanas. Es el caso de Elias, quien descrea de la existencia de un único método que contenga perfiles tan distintos como los de las ciencias naturales y sociales y que dé el tono, además, a las diversas perspectivas que proliferan en el campo mismo de la sociología. Tales quimeras, dice, deben abandonarse en pos del cuidadoso análisis de la relación entre fenómenos interdependientes y mutuamente determinados. Los discontinuismos defendidos por los naturalizadores sociológicos son reinterpretados en términos de oposiciones conceptuales cuya inutilidad no radica tanto en el recorte tajante que realizan, sino en que no encuentran soluciones, precisamente porque no plantean ningún problema. Su voluntad de desnaturalizar los conceptos sociológicos se plasma en un diálogo constante con la historia, la filosofía, la lingüística; en suma, una «empresa de deconstrucción antimetafísica, antisustancialista y antinaturalista» (Heinich, 1999: 130) que desafía a la sociología a profundizar en su universo conceptual y empírico a fin de despojarlo de elementos misteriosos y avanzar hacia descripciones cada vez más detalladas y relacionales.

Pese al desdibujamiento de las ortodoxias, y aun considerando la importación de perspectivas, da la impresión de que la sociología todavía no se ha incorporado al nuevo paradigma postulado por Morin. Sobre todo, porque como dice un comentarista de su obra,

El estilo literario de Morin abusa constantemente de los guiones para unir palabras y crear así realidades nuevas. Pero algunas de esas “realidades nuevas” creadas con su idioma (y fácilmente traducibles al nuestro) no existen más que “pintadas” y otras ni siquiera existen “pintadas” porque carecen de sentido. Valgan dos ejemplos: una “perspectiva científico-filosófico-literaria” del mundo no existe porque sería tan internamente contradictoria como el círculo cuadrado, que tampoco se puede pintar. Del mismo modo, una “cosmovisión antro-po-físico-biológica” es, hoy por hoy, una construcción (...) imposible (...) pues cada una de esas ciencias tiene principios materiales diferentes inconmensurables entre sí (Alvargonzález, 2003).

Con todo, la sociología sigue contando con conceptos y procedimientos, o un legado, al que se le formulan nuevas preguntas y en cuyos recovecos todavía se esconden muchas respuestas. Seguramente, el psicoanálisis freudiano, los cuestionamientos al eurocentrismo, la concepción de Braudel acerca de las múltiples realidades del tiempo, los estudios de la complejidad y el feminismo constituyen desafíos que abren nuevas posibilidades y permiten reconocer las propias anteojeras. No obstante, el refinamiento del instrumental teórico no

debiera despojar a la sociología de su estatuto de ciencia analítica, retrotrayéndola a una nueva adecuación al marco categorial de las ciencias naturales y a sus espectaculares hallazgos. Es cierto que la transformación radical de la realidad demanda la renovación de los modelos ontológicos, teóricos y epistemológicos, pero también debe cuidarse que la supuesta dureza de las categorías no la conviertan en una actividad despojada de toda cientificidad por el hecho de tener que dedicarse a combinar el bien con la verdad.

Las teorías adquieren la cualidad de clásicas no sólo cuando constituyen una cultura compartida, sino también debido a la continua transformación y profundización de que son objeto cuando se utilizan sus conceptos. Ese patrimonio, que se usa cada vez que se presenta la necesidad de explicar los procesos sociales, pierde rigidez y desaloja el repliegue y la autoconsistencia.

Bibliografía

Alvargonzález, D. (2003). «Transdisciplina», en *El Catoblepas. Revista de Crítica del Presente* N° 11. Disponible en www.nodulo.org/ec/2003/n011.htm

Elias, N. (1982). *Sociología fundamental*. Barcelona. Gedisa Editorial.

Elias, N (1989). *Sobre el tiempo*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Elias, N. (1998a). «Hacia una teoría de los procesos sociales», en *La civilización de los padres y otros ensayos*. Santa Fe de Bogotá: Editorial Norma.

Elias, N. (1998b). «El atrincheramiento de los sociólogos en el presente», en *La civilización de los padres y otros ensayos*. Santa Fe de Bogotá: Editorial Norma.

Elias, N. (2000). *La sociedad de los individuos*. Barcelona: Ediciones Península.

González Casanova, Pablo (2005). *Las nuevas ciencias y las humanidades. De la Academia a la política*. Barcelona: Anthropos.

Heinich, N. (1999). *Norbert Elias. Historia y cultura en Occidente*. Buenos Aires. Nueva Visión.

Morin, E. (1995). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.

Morin, E. (1999). *L'intelligence de la complexité*. París: L'Harmattan.

Morin, E. (2002). «¿Estamos en un Titanic?», en *Ética y Desarrollo. La relación marginada*, Kligsberg, B. (compilador). Buenos Aires: El Ateneo.

Prigogine, I e I. Stengers (2002). *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*. Madrid: Alianza Editorial.

- Prigogine, I. (1997). *El fin de las certidumbres*. Santiago de Chile: Andrés Bello.
- Prigogine, I. e I. Stengers (1984). *Order Out of Chaos: Man's New Dialogue with Nature*, Boulder. Colorado: New Science Library.
- Ramos Torre, R. (1996). «Jano y el ornitorrinco: aspectos de la complejidad social», en *Complejidad y teoría social*, Pérez-Agote Poveda, A. e I. Sánchez de la Yncera. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).
- Rañada, A. F. (1995). «Introducción a La nueva alianza de I. Prigogine e I. Stengers». Disponible en www.ucm.es/info/electron/publicaciones/ranada
- Urry, J. (2003). *Global Complexity*. Cambridge: Polity.
- Urry, J. (2005). «The complexities of the Global», en *Theory, Culture and Society*, volumen 22, Nº 5. Sage Publications.
- Urry, J. (2008) «Global Complexities», en *Frontiers of globalized research: Theoretical and Methodological Approaches*, Ino Rossi (editor). New York: Springer.
- Wallerstein, I. (1999). *El legado de la sociología, la promesa de la ciencia social*, R. Briceño León y H. Sonntag (editores). Caracas: Editorial Nueva Sociedad.
- Wallerstein, I. (2001a). «La ciencia social y la sociedad contemporánea», en *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido, Una ciencia social para el siglo XXI*. México: Siglo XXI.
- Wallerstein, I. (2001b). «Diferenciación y reconstrucción en las ciencias sociales», en *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido, Una ciencia social para el siglo XXI*. México: Siglo XXI.
- Wallerstein, I. (2001c). «Incertidumbre y creatividad», en *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido, Una ciencia social para el siglo XXI*. México: Siglo XXI.
- Wallerstein, I. (2001d). «¿Cambio social? El cambio es eterno. Nada cambia jamás», en *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido, Una ciencia social para el siglo XXI*. México: Siglo XXI.
- Wallerstein, I. (2001e). «La ciencia social y la búsqueda de la sociedad justa», en *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido, Una ciencia social para el siglo XXI*. México: Siglo XXI.
- Wallerstein, I. (2004). «El fin de las certidumbres en las ciencias sociales», en *Las incertidumbres del saber*. Barcelona. Gedisa.